

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 24 DE DICIEMBRE DE 1922

NÚM. 19.936

GALERÍA DE OBRAS DE ARTE



EL NACIMIENTO DEL MESÍAS.—Obra admirable del pintor finlandés A. Edelfelt.

Ayuntamiento de Madrid

IMPRESIONES DE
UN CAMINANTE

LA "TERZA" ROMA Y LA ROMA VIVA

HEMOS buscado, por fin, la Tercera Roma; la italiana. Llegamos a la plaza del Quirinal. Estamos sobre otra de las Colinas. Lugar muy agradable; un silencio exquisito nos envuelve. Bajo la colina pasa un túnel estrepitoso; pero esta pequeña altura queda aparte de las grandes agitaciones urbanas. Un obelisco erige su esbeltez, que un día fué símbolo mortuario, a modo de ciprés monolítico, y ahora es ornato ciudadano, que alegra la plaza con la forma ingravida de un surtidor. Junto a él, otro grupo de Domadores de caballos, como en el Capitolio; es un vestigio imperial romano. Más allá, el panorama de Roma; a lo lejos, sobre el horizonte, la gran cúpula vaticana. La doble ciudadanía de Roma, levanta así, frente a frente, las dos potestades rivales, hermanos enemigos en el vientre materno: la Segunda Roma y la Tercera.

Entramos en el Quirinal. Sin duda lo mejor de este palacio son los restos de la época pontifical. El dominio de la Casa de Saboya es demasiado reciente para que haya podido señalar aquí una huella monumental, en el caso de que tuviera potencia para dejarla. Atravesamos con rapidez indiferente las salas regias. Venos, al pasar, unas tapicerías con asuntos del Quirinal. Estos salones tienen más intimidad que los del Real Palacio de Madrid. Hay en ellos menos solemnidad, y, por tanto, más valor doméstico. Pero no nos interesa su belleza decorativa, sino su representación. Estamos en otro de los núcleos vitales de Roma. Si en el Palatino se eterniza la Roma imperial y en el Vaticano la pontifical, el Quirinal es la sede de la Roma italiana.

De la Primera Roma nació, como tendencia metropolitana universal el gibelismo. Aunque la sede del Imperio no estuviese ya materialmente en Roma, todavía se llamó romano el Imperio occidental, como lo fué también de nombre el de Oriente.—De la Segunda Roma nació el gúelfismo. Pero cuando la Revolución introdujo un factor nuevo como núcleo de universalidad, el Pueblo, Italia unió aquellas dos antiguas tendencias en un nuevo impulso que luchó a la vez contra el Emperador y contra el Papa.

Tres irreductibilidades diversas se oponían a la obra del nuevo vigor italiano: el de las provincias sometidas a Austria, heredera del Imperio; el de las pequeñas monarquías que subordinaban la unidad democrática al interés dinástico, y el de Roma, sometida a un poder teocrático. Toda la tradición italiana pareció converger hacia esa liberación. Jamás el ideal patriótico y el humano tuvieron más luminosa coincidencia. A la luz de esa antorcha guiadora, pareció que se reconciliaban la Revolución y la Monarquía. La vieja Casa de Saboya, que había luchado contra la Francia regida, asumió luego una significación casi de mágica; y Garibaldi, nueva forma del condottiero italiano, cuya verdadera apoteosis fué Napoleón, apareció como el caudillo impulsor de los tiempos nuevos, fuertemente italiano y fuertemente universal.

A mi vista, desde la colina del Quirinal, se transfiguraba la Terza Roma, cuyo dominio definitivo quedó asegurado por la gran guerra. Pero una honda melancolía, una amarga desilusión se mezclaba en mi ensueño contemplativo. El elemento patriótico se había sobrepuesto al elemento libertador, en los

valores originarios de la nueva Italia; y ésta había perdido su verdadera potencia de «catolicidad» laica, esto es, de metropolitanismo universal. La victoria, por un extraño contragolpe, al ensanchar sus fronteras materiales había amenguado sus dominios espirituales, cercenando las alas al águila de su blasón antiguo. ¿No le había pasado algo parecido, también, a Francia? Acaso estaba pronta a nacer una Cuarta Roma, entregada a dictaduras de banderías como los pequeños principados y repúblicas de la vieja Italia, pero sin la estrella de grandeza artística que ellos dejaron...

Con estos pensamientos llegué a la plaza de Venecia, donde se levanta la apoteosis enfática de la Terza Roma: el monumento a Víctor Manuel II. ¿Cómo hablar de él? Fáltale, a ese esfuerzo de imposible emulación, la grandeza animadora de un potente sentido ulterior, ya cívico, al modo del Capitolio, ya religioso como la Basílica. Cuando el viajero llega al próximo Foro de Trajano, el contraste agobia la memoria del rey, cuyo caballo dorado enlata el Corso, sobre un pedestal que se me antoja mucho más deleznable que las bases ecuestres del Foro Romano... Una amplia columna semicircular sirve de fondo a la estatua de Víctor Manuel. Sin duda el monumento tiene grandeza, sentido clásico, eurytmia y fuerza. Dos cuadrigas, sobre los templos laterales, cantan el triunfo de la Tercera Roma. Pero la doble vecindad de las Romas precedentes, sobre todo la Primera, produce la inevitable sugestión de un contraste enojoso para la nueva Roma, que no puede civi-

tar que sobre su huella monumental recaiga una nota de comicidad... Hay una innegable contraposición paródica entre la figura del primer rey de Italia (sin contar a Napoleón, que fué el primero que ostentó esa realeza) y aquella otra figura ecuestre del Marco Aurelio Capitolino... Víctor Manuel queda abrumado bajo su valor de mediocridad, no bastante cesáreo para parecer conquistador, ni bastante protervo para parecer libertador, a pesar de las fulminaciones pontificales...

Mucha más potencia sugestiva tiene el Garibaldi del Janículo, que vigila su presa romana desde una de las Colinas, como avanzada de un ejército de todos los pueblos, en el cual se habían juntado en ideal confluencia el concepto romano de Pueblo-Rey y el hervor romántico de la Libertad. Garibaldi, tan italiano, tan romano en su obra, algo al modo de una reencarnación de Rienzo, es el injerto romántico en la metrópoli del clasicismo. Su irrupción por la Porta Pia fué a un tiempo violación bárbara y rehabilitación civil; porque si atentó contra la herencia de los Césares pontificales, en cambio devolvió a Roma su sentido republicano y su antigua dignidad tributaria. Bajo el pedestal de Garibaldi se extiende Roma, como si la prometiera al caudillo una potestad réproba, acaso el Satana de Carducci, desde la Montaña de la Tentación: *Haec omnia tibi dabo*... Allí, en el fondo, infla su enorme cimborio la cúpula de San Pedro. Y sobre de Roma la atracción de toda su grandeza inagotable y multiforme; y acuden al labio los himnos inmortales de los poetas que la amaron con amor de va-

rón a la mujer eternamente deseada; desde la invocación de Horacio al Sol en el *Carmen Saeculare*:

«... possis nihil urbe Roma
visere maius!»

hasta los versos ávidos de Carducci:

*Roma, ne l'air tuo lancia l'anima altera volante:
accogli, o Roma, e avvolgi l'anima mia di luce.*

Fáltame hablar de la Roma viva, sin mezcla de sugestión y recuerdos eruditos; la Roma indiferente a su propia grandeza; la que nos sonríe en las calles resonantes y luminosas, llenas de mujeres en quienes se muestra la riqueza polimórfica de los tipos genuinos; ya la romana exuberante y matronal, que sirvió de modelo a las Lucrecias y Cleopatras de la pintura decadente; ya la romana esbelta y graciosa, rostro de virgen, que fué Madonna para Sassoferrato y tuvo su más típica forma real en aquella Beatriz Cenci, sobre cuyo destino cayó la semilla eternamente trágica del incesto, del parricidio y del suplicio, y cuya figura nos queda, según atribución inmemorial, en el retrato que pintó Cagnacci y que se encuentra en la galería Barberini. Ese tipo de romana es el que prefiero; al verlas pasar junto a mí, al azar de las calles, con leve marcha casi aérea, me ha parecido que se animaba en ellas la forma de las Victorias, con la vestidura sacudida por el viento al modo de alas, dibujando la línea impecable del cuerpo. Cualquiera de ellas podría transfigurarse en la encarnación femenina de la Urbe, desprendida de un basamento o de un friso.

¿Queréis otro encanto inefable de Roma? Son las fuentes. Ningún esfuerzo descriptivo podría expresar su belleza. Por ellas, la ciudad es rumorosa como un bosque; el cielo se salpica de aspersiones lustrales y el aire de melodías sin fin, verdaderas «cadencias». Cantan los surtidores y las cascadas entre los muslos de piedra de las náyades; sueñan ecos de notas desconocidas en el caracol de los tritonés; juguetea el agua entre las barbas de los ríos divinizados o bajo el tridente de los Neptunos; brufie con reflejos de ébano el torso de bronce de las sirenas; pone tonalidades verdes en la marmórea escama de los delfines montados por las Anfítrites y en el carrillo de los Amorinos que chapotean; convierte paradójicamente la Escultura en música. Cada fuente tiene su nombre, bello como una resonancia de su propio rumor: Fuente de la Exedra, fuente de las Náyades, fuente de las Tortugas, fuente del Tritón, fuente de Trevi... Esta es la más bella de todas. Me he extasiado largo rato contemplándola, y ha quedado en mi oído su canto como una caricia adormecedora. Neptuno preside esta fuente, como un dios familiar, en una gran hornacina, entre otras dos estatuas de alegorías femeninas y sobre un gran frontispicio de columnas y pilastras. Si arrojáis una moneda al fondo de esas aguas, el oráculo afirma que volveréis a Roma...

El viajero que visita Roma en los meses de verano, y sufre, a la caída de la tarde, la sed del cansancio, siente como una tentación irresistible la sinfonia de manantiales que envuelve a la noble ciudad. Pasa junto a los surtidores con el deseo de acogerse bajo el rocío que difunden; y cuando, al fin, puede acercarse a sus labios una copa desbordante, le parece sorbir la verdadera esencia, desconocida y vital, de Roma.

LOS BORRACHOS DEL PUERTO

Doña Isabei

Esta buena Isabel es como un camarada; bebe, fuma y blasfema igual que un marinero, y, vieja y esquelética, y sucia y derrotada, cuando no bebe mucho, tiene un porte altanero...

Es absurda y fantástica. Allí por la otra vida, en el fausto distante de esa etapa tan rancia de duquesas y abates, fué Isabel preferida por un Luis no sé cuántos, rey entonces de Francia.

¡Ah, Dios mío, qué angustia!... La vida es tan cruel cuando ya no hay grandezas... Y la pobre Isabel, para ahogar tanta pena, bebió copiosamente...

Y, a pesar del esfuerzo y a pesar de sus buenas cualidades de mártir, aún no vió que sus penas saben nadar, sin duda, maravillosamente.

Peruzzi

No sé... Pero lo cierto es que un día muy turbio, de esos en que las lluvias encenagan el puerto, unas lobas hallaron, junto a un sucio suburbio, a Peruzzi, el borracho, todo livido y yerto,

tirado contra el lodo, en la diestra una faça y sobre un charco rojo que ensangrentaba el suelo; y su mirada era—estrábica y opaca, como un vidrio copiando la angustia de aquel cielo...

Kiss estaba a su lado. El viejo Kiss tenía, con sus lanas fangosas, esa melancolía tan humana en los perros... Allí, al cerrar la noche,

cruzó un furgón muy negro a lo largo del puerto; unos hombres cargaron, silenciosos, al muerto, y el pobre Kiss, muy triste, se fué detrás del coche...

Aníbal DIAZ

Gabriel ALONSO

EJEMPLARIDAD
= LITERARIA =

EL CASO DE M. PROUST

A los cincuenta y un años, y estando en el pleno disfrute del favor público—que compartía con Freud y Einstein—, fallece en París el escritor francés, de la generación de post-guerra, que más rápida y plenamente había logrado imponer la singularidad de un arte peculiar e inesperado.

Se le sabía muy enfermo, acosado por los males más tenaces: agonizando siempre; mas como, a pesar de sus continuas quejas, multiplicaba su producción, dando, con ello, crecientes pruebas de capacidad y de trabajo, y alcanzaba, con nuevas y copiosas publicaciones, la aplicación de sus lectores, éstos habían llegado a confiar en que los invocados achaques fueran, más bien, pretexto para conseguir todo el tiempo y el aislamiento precisos a labor tan ardua.

Pero no ha sido la mala salud de Proust la verdadera causa de que su muerte no sea hoy una total sorpresa para nosotros, para los que conociendo al escritor ignorábamos al hombre. De siempre se notaba en su obra—no ya en él—un dejo morboso y senil, un fondo turbado y envejecido. Con toda su potente fecundidad estaba, el arte de Proust, considerablemente avejentado. Diríase, al leerle, que un lento señor, machacón y egoísta, nos acompaña, en interminable paseata, deteniéndose, a cada paso, para relatarlos puntualmente los más minuciosos detalles de su abrumadora autoinspección; enfrascándose, en ella, con deleite y con olvido absoluto de la resistencia o la atención que animen a su interlocutor. La marcha entrecortada y la verba sin interrupción es lo que exaspera frecuentemente en el monólogo de Proust; y aumenta la perplejidad del lector el no poderse desligar de esta narración que ha llegado a interesarle, a pesar del evidente desprecio en que el novelista parece tenerle siempre. Entonces se empieza a sentir ese querer y no querer continuar la lectura, tan característico, que nos invade en la iniciación de este arte extraordinario.

Proust ha muerto sin terminar la publicación de su única novela, sin realizar la escrupulosa rebusca del tiempo perdido y sin conseguir—por bien poco, relativamente—dar alcance al tiempo recuperado y ofrecido. En prensa, acaso, podrá editarse el resto, póstumo, cerrando así el ciclo que integra su obra completa,—aparte de: *Pastiches et mélanges*, varios ensayos y prólogos dispersos, *Les plaisirs et les jours* (1894), y versiones de Ruskin.

Hablando de la inutilidad que hay en evocar el pasado, dice: «Todos los esfuerzos de nuestra inteligencia son inútiles. Está escondido fuera de su dominio y de su alcance, en algún objeto material (en la sensación que nos daría este objeto material) que no sospecharnos; y este objeto depende del azar el que lo encontremos antes de morir, o que no lo volvamos a encontrar ya.»

Profundo psicólogo de lo inconsciente, Proust sabía que no podía decir todo aquello que se le escapase esta vez, que ya no tendría tiempo de insistir ni de rectificarse en obras ulteriores. Por eso avanza lentamente y torna sobre su tema para exprimirlo bien antes de abandonarlo para siempre. Se le ha llamado «roedor», y habría que añadir: *rumiante*, pues que vuelve a saborear continuamente todo lo que tiempo atrás in-

Al explicar su propósito, «introspectivo» más bien que analítico, Proust lo compara con el esfuerzo de quien, permaneciendo dormido, quisiera examinar su sueño con inteligencia perfecta. ¿Hay que decir la fruición con que los psicópatas se han precipitado sobre su caso?

Parece que al desplomarse de golpe, ahora, Proust cae definitivamente mareado a fuerza de girar sobre sí mismo y de volverse a observar en todos sentidos, sin atreverse francamente a continuar, por miedo a dejar olvidado siempre algo. Y este afán desmedido de escrupulosa anotación, que obsede a Proust, es lo que ha de regular la lentitud de su marcha.

Hay, para ejemplo de acción lenta, gruesos volúmenes, como el *Ulises*, de Joyce (que empieza a las ocho de la mañana y termina a las tres de la madrugada), o el *Oblomof*, de Gontcharof (que se abre al despertarse el protagonista y se cierra cuando decide levantarse de la cama); pero esa nueva consideración del tiempo, que en ellos es excepcional y aislada, se hace en Proust completamente necesaria y constante; pues lo que en definitiva le interesa no es la acción, sino el estado previo, causal, que en cada momento la determina.

Proust ha sido comparado con Montaigne, con Saint-Simon, profuso memorialista, con Balzac, «analítico visiona-

rio», y, por su dispersión, con J. P. Richter; pero así como la forma de memoria que emplea es ficticia, también su falta de composición no pasa de ser aparente tan sólo. En realidad, eso que un crítico alemán llama, en Proust, «bello desorden», y un francés ha calificado de «composición a lo Wagner», es una manera de componer nueva y amplia: de «compás más abierto», como él mismo la llama.

Esa abertura constante de compás es lo que acaso quisiéramos reprochar a Proust: esa uniformidad, casi mecánica, con que pasea por la vida el *espejo* de Stendhal. Exacto e imposible en pasajes difíciles (en que se delataban Krouzmine o Wilde), carece, en otros, de emoción y adaptabilidad. Ved cómo, a pesar de su admirable penetración psicológica, no consigue, cuando hace crítica, sino aciertos aislados, por falta quizás de enfoque oportuno y justo.

Pero, claro es, que al decir esto no se intenta rebajar el valor de Proust, ni menos aplaudir a sus adversarios, entre los que destaca Laserre (eterno Zollet). Queremos tan sólo precisar su ejemplaridad para prevenimos contra sus imitadores engañados.

Proust es un caso raro: profuso y preciso a la vez. Uniendo a la fecundidad, tupida y densa, un virtuosismo del matiz, sostenido ágilmente, es, en definitiva, un escritor de obras escogidas,—por eso ya tardan sus antologías.

Su actitud estética es únicamente ficta en su caso. En él, su punto de vista es bueno, inevitable, porque, a pesar de su prolijidad, falta siempre más de lo que sobra; pero el peligro está, para sus continuadores, en omitir precisamente aquello que hubiera evitado, con ventaja, todo lo demás.

La excepción de Proust confirma la regla de que, en el arte, el análisis sólo sirve para la síntesis subsiguiente. Ortega Gasset y Curtius le han llamado «impresionista»; (Allard lo niega, y R. Rousséau observa que los paisajes, en Proust, son precisamente como soñados: incoloros y nebulosos; pero si lo es, la misión de sus discípulos consistirá en utilizar estos elementos para la síntesis definitiva que a ellos toca hacer. Después de la pintura de Monet viene, lógicamente, la de Marquet, sobria, concentrada y tensa.

Ahora Proust, al partir, nos deja su lección. Su arte poética, ha dicho Díez Canedo, «consiste, no en sugerir, sino en expresar». Fue, pues, una protesta la suya contra la colaboración que, en el lector, apetecían los simbolistas. Tampoco redacta, como los realistas, un inventario, pues la evocación está lograda—como observó finamente Ortega—con la fiel transcripción del recuerdo ya decantado.

Pero, además, enseñó a sus atropellados contemporáneos, ávidos de novedad y de cambio, cómo había que volver sobre lo segado, sobre lo que ellos consideraban agotado y estéril, al propio tiempo que mostraba su copiosa recolección formada de residuos inéditos, de elementos pertinentes e inadvertidos, recién cortados y tersos.

Ha enseñado también a marchar firme y despacio...; pero no se detengan hoy sus continuadores en espigar ajenos campos, cansados, en vez de roturar, profundamente, los propios.

Antonio MARICHALAR

VERSOS DE NAVIDAD

EL HIJO

Noche de la Navidad.
¡Gloria a Dios en las alturas...
y a las criaturas
frío en la Ciudad!

Gravita el silencio sobre la esperada
noche del Rabi. Se ahonda en la hora
de la noche fría, sola y angustiada,
y llega reptando a la verde aurora
en ese vehículo de la madrugada,
que es en el estío risueña y canora.
Hoy trae a la Dicha; mañana, la Muerte;
llama a la Desgracia y nunca a la Suerte.

Cuando el sol calienta lejanas ciudades,
yo tiemblo de frío en mis soledades.
Si, cristianos, gozan, y rien los ricos,
y el pueblo en la calle canta villancicos,
y arden luminarias tras de los cristales
de palacios de oro, en los hospitales
hay almas, recuerdos, silencio, dolor
y anchas soledades; que la Caridad
resplandece y fulge, repugna el olor
mortal, porque sólo es hija de la Vanidad.

Surge en mi cerebro aquel Crucifijo
que Monte Calvario en la muerte vió;
aquél que en el Huerto a su Padre dijo:
«Aparta este cáliz...» ¡Y el Huerto—y el Mundo—no ardió!

Los salmos no escuches de la Cristiandad,
Jesús Nazareno, pues son... Vanidad.
Esos que te cantan en noches oscuras:
«¡Paz, aquí en la tierra!
¡Gloria en las alturas!...»,
y arrasan feroces, al grito de: «¡Guerra!»,
y el llanto no escuchan de las criaturas,
lo mismo que entonces son la Cristiandad.
¡Esa podredumbre es la Humanidad!

De la calle llegan los báquicos cantos;
casi se oyen gritos de mujeres solas,
viudas de almas, envueltas en mantos
y el infame ruido de las cacerolas,
cuando el cuarto mío se inunda de llantos.
De pronto, se borra todo aquel misterio;
la noche, la sombra de mi Crucifijo.
La estancia parece llena de sahumario
sagrado. ¡El niño que llora es mi hijo!

Noche de la Navidad.
¡Gloria a Dios en las alturas...
y a las criaturas
frío en la Ciudad!

Eduardo M. DEL PORTILLO

EL QUESO Y EL RAYO DE LUNA

CUENTO PARA NIÑOS POR MAGDA DONATO

En la despensa de la vieja Kikiripota había, sobre un vasar, un queso redondo, mantecoso, magnífico; aquel queso estaba destinado para hacerle un regalo a su majestad el rey.

Sin duda, era cosa singular que una vieja tan agarrada—¡ah!, ¡pero de verdad no sabíais que Kikiripota era una tacafía de primera?—le hiciese todos los años tan buen presente al soberano; pero habéis de saber que no lo hacía por esplendidez, ni por respeto, sino por interés; porque el rey, que deliraba por los quesos de leche de cabra, solía agradecer el regalo con tres buenas monedas de oro, además de perdonar a la vieja el impuesto todo el resto del año, o sea hasta la recepción de un nuevo queso tan sabroso como el anterior.

Aquella noche, después de darle un vistazo al precioso queso, la vieja cerró la puerta de la despensa y se fué a dormir; pero, como era corta de vista, no vió que con el queso encerraba dos cosas en la despensa: una era un gato más negro que el azabache y con ojos que parecían dos esmeraldas, y la otra era un rayito de luna, fino, esbelto y plateado.

Al rayito le llamó la atención el hermoso queso, y se apresuró a acercarse a él, rodeándolo con curiosidad, acariciándolo y, sobre todo, iluminándolo.

Y de tal suerte lo iluminó, que el gato de azabache y esmeraldas lo vió; se acercó muy quedo, alargó la patita, para cerciorarse de lo mantecoso del manjar; luego, los bigotes, para olfatearle, y, por fin, el hocquito; y poco a poco, para saborear el gusto, se lo comió, relamiéndose; nunca se dió mi señor don gato tan succulento festín.

Al amanecer, la vieja se despertó y llamó con su voz de carraca:

—¡Sedalina! Vete a coger el queso y llévaselo al rey.

Sedalina era una nena muy pobre, muy linda y muy buena, que la vieja tenía recogida, no por caridad, de lo cual era tan incapaz como de esplendidez, sino para tener una criada de balde y una víctima en quien descargar todo su mal humor, que era bastante.

Sedalina entró en la despensa, vió algo blanco y plateado sobre el vasar, alargó la mano... y no cogió nada, porque aquello era el rayo de luna, que se había quedado solo, después de desaparecer el queso en el estómago del terrible gatito.

Al oír el grito de Sedalina, acudió la vieja.

—¿Dónde está el queso?—rugió.

Sedalina abrió sus manecitas, apartando los diez dedos y diciendo así, sin hablar: «No hay nada.»

—¡Ah! ¡Bribonzuela! ¡Golosa!—gritó Kikiripota—. Lo has escondido para comértelo. Pues aquí permanecerás encerrada hasta que me lo devuelvas.

Se fué, y Sedalina se quedó aterrada; tan imposible le parecía a ella recuperar el queso misterioso, que estaba ya casi resignada a morir de hambre en la despensa oscura, cuando algo muy suave pasó entre sus bucles rubios, mientras una voz argentina le decía:

—No te aflijas, Sedalina; yo tengo la culpa de todo y yo lo arreglaré.

¿Quién hablaba así? ¿Era el gato? ¡Quia! Bien lejos estaba el ladrón, que en cuanto se abrió la puerta había huido a digerir su festín a otra parte. Era el rayo de luna, que prosiguió:

—Cógeme, Sedalina, y guárdame en tu cesta, en la cual seré queso, con la con-

dición de que no la destapes hasta llegar a palacio.

Sedalina cogió el rayo de luna, transformado en queso, y, encantada, se lo guardó en su cestita de mimbre.

—¡Ya decía yo que lo tenías escondido—gruñó la vieja al acudir a su llamada.

Más ligera que un gamo y más alegre que un par de castañuelas, Sedalina, con su cestita al brazo, llegaba a un bosque, cuando se cruzó con un muchacho que llevaba un traje de raso, bordado en oro, y un chambergó con hermosas plumas color de fuego. La saludó:

inocente, para apoderarse así del queso.

—Si llegas a aquel árbol que allí ves antes de que yo haya contado hasta ciento—le dijo—, te regalo esta sortija.

¡Una sortija de oro con una piedra que brillaba más que el sol! Sedalina quedó deslumbrada.

—Déjame la cesta para que corras más a gusto—añadió el otro.

Sedalina le confió la cesta y echó a correr; el príncipe levantó la faja de mimbre, alargó la mano hacia una cosa blanca que veía y... no cogió nada, porque el queso se había vuelto a cambiar en rayo de luna, impalpable y plateado.

Llorando se fué; llorando anduvo largo rato, y llorando y extenuada se sentó al pie de un árbol; como era el otoño, las hojas secas y amarillas revoloteaban, cayendo en torno suyo y formando un tapiz dorado. De pronto, oyó una voz muy ronca, pero llena de bondad, que le decía:

—¡No te aflijas, Sedalina!

El árbol—donde había un rayo de luna, ¿por qué no ha de hablar un árbol también?—prosiguió:

—Coge tres de mis hojas: serán monedas de oro si las llevas a tu casa sin abrir la mano.

Consolada al punto—las lágrimas de las niñas buenas se secan en seguida—, Sedalina cogió tres hojitas secas. ¡Oh, alegría! Se transformaron en tres onzas de oro, enormes, brillantes y duras, mucho más valiosas que las que el rey acostumbraba a dar por el quesito, y, apretándolas con toda su alma, en su puñito cerrado, emprendió el camino de vuelta.

Al pasar junto a un estanque, oyó gritos de auxilio, y vió al joven que tan mala jugada le hizo, que se había caído al agua y se debatía a punto de ser ahogado.

Tan incapaz era Sedalina de rencor como de desconfianza; agarró una rama de árbol, la tendió al infeliz y, tirando con todas sus fuerzas, consiguió sacarle de aquel mal paso.

Pero, ¡ay!, para realizar este salvamento había abierto la mano, y mientras el joven se sacudía, como un perro que sale del agua, Sedalina contemplaba tristemente tres hojitas secas y amarillas, que era todo lo que le quedaba de su fortuna.

—¿Qué te pasa, Sedalina?—preguntó el príncipe Orolindo.

—Me pasa que he perdido las tres monedas de oro de Kikiripota, y que no puedo volver a casa, y que me voy a morir de frío por la carretera, y que los lobos me devorarán, y que tengo mucha hambre, y que estoy sola, y que...

Pero mientras hablaba, Orolindo se fijaba en que era muy mona, casi tan mona como buena; una verdadera preciosidad, a pesar de su pobre vestido harapiento, y que sus ojos eran más azules que el cielo, a pesar de estar llenos de lágrimas, y sus pies muy chiquirritines, dentro de sus groseros zuecos de madera.

Y cuando el príncipe se hubo cerciorado de todas estas cosas, puso rodilla en tierra, se quitó la sortija de oro, con una piedra de sol, y se la ofreció, diciendo:

—No te aflijas, Sedalina; no te importe ya el no volver a casa de la vieja Kikiripota, pues en mi palacio estarás mucho mejor; además, ya no estás sola, porque me tienes a mí; en cuanto a las tres monedas de oro, no pienses más en ellas, porque te regalo esta sortija, que vale bastante más, y al mismo tiempo te regalo mi corazón, mi fortuna y mi vida.

La declaración era bonita: el príncipe y la sortija, también, y Sedalina no vaciló ni el espacio de un segundo en aceptarlo todo y en ser princesa.

Vivieron muy felices y tuvieron muchos hijos, y todos los días, en recuerdo de esta memorable aventura, se sirvió para postre, en el palacio del rey, un queso redondo y mantecoso, más hermosa y plateado que un rayo de luna.

Magda DONATO

Dibujo de BARTOLOZZI.



—¡Molal, linda Sedalina; ¿qué llevas ahí?

Si Sedalina hubiera conocido el cuento de la Caperucita encarnada, hubiera sabido que las niñas que pasan por los bosques no deben dar conversación a los desconocidos; pero no conocía la Caperucita, porque ella no tenía dinero para comprarse libros, y la vieja no tenía el buen humor que tienen vuestras mamás para contarle cuentos.

—Llevo un queso, que la vieja Kikiripota envía a su majestad—contestó cortésmente.

Todo ha de decirse: aquel elegante mozo era precisamente el hijo del rey, y los quesos le gustaban tanto como a su padre; en seguida se le ocurrió la idea de hacer a la niña una broma, que él creía

Cuando la niña volvió, triunfante, a recoger el premio de su carrera, no encontró ni príncipe ni sortija, y, lo que era peor, su cestita yacía en el suelo, destapada y vacía.

Triste y cabizbaja volvió a la casa, donde la vieja la acogió alargando una mano para recibir las esperadas monedas de oro, a lo cual Sedalina contestó con el gesto aquel que significaba elocuentemente: «No tengo nada.»

—¡Ah, ladrona!—rugió Kikiripota—; te has gastado el dinero; vete y no vuelvas sin él.

¡Ay, pobrecita Sedalina! ¿Qué apuro el suyo! ¿De dónde iba ella a sacar aquel dinero? Estaba condenada a morir de frío en la carretera, a menos que los lobos viniesen y la devorasen.

AMOR DE MARINO

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

HABÍA llegado la escuadra, la pomposamente llamada escuadra, en nuestro enfático léxico de marina, al puerto donde naciera Lola Ríos, la más elegante, esbelta y gentil de las muchachas que, de once a una de la mañana, en la playa, y de siete a ocho de la tarde, en el paseo del Malecón, tendido sobre el puerto, rumoroso de oleajes y de maniobras de buques mercantes, alegraban la vida veraniega de aquella población, en invierno húmeda y plomiza, alegre y clara en verano, la villa de Santa María del Mar: cuna de femeninas bellezas desde tiempos remotos; puerto de tráfico y de movimiento de barcos; villa solariega de familias de alcurnia; almotacén y alambigue de la raza cántabra, que desde las ásperas montañas de la provincia inició la reconquista de España y la emancipación del poderío musulmán...

Toda la ciudad resplandecía en fiestas con la llegada de la escuadra; los cohetes estallaban, giróvagos y multicolores, deshaciéndose en luminosas espirales sobre el mar, revuelto y verde...

Las músicas estrépitosas de las charangas dilataban sus ecos desde el borde del muelle, sonando más secas, más metálicas y más tristes, con esa suprema melancolía que tiene la música a orillas del mar...

Los fuegos de artificio relumbraban sobre las olas, desde el Malecón, entre los mástiles de los buques, iluminando la fuliginosa oscuridad del puerto, bajo el cielo claro de primavera, maravillosamente constelado. Se celebraba una verbena marítima, con cucañas acuáticas, una de las más bellas fiestas que pueden brindarse al forastero en Santa María del Mar...

Por el paseo del Malecón cruzaban una y otra vez, en vueltas monótonas y alternativas, las muchachas de la población, todas ellas elegantes y susurradoras, con voluptuosos rugos-rugos de tra-

jes de seda, con claras notas de batistas gayas, con vivos colorines en los sombreros...

Trajes caros, de las hijas de ricos consignatarios y armadores de buques; trajes más sencillos y vaporosos, de las elegantes nativas que con cuatro pesetas se aderezan un buen atavío; trajes llamativos, de las hijas de empleados modestos, de burócratas adscritos a la Administración central, que son los menos en Santa María del Mar, población que sólo tie-

ne por dependencias oficiales la Junta de Obras del puerto, la Comandancia de Marina y un Instituto de segunda enseñanza...

Santa María del Mar es, realmente, «la perla del Cantábrico», como la denominan los cronistas cursis de la provincia...

Villa moderna y populosa, tendida sobre el mar con aires de reina, destacan-

do a lo lejos, en medio de la vega risueña que la circunda, con las largas agujas de sus torres esbeltas de iglesias, con las negras chimeneas de las fábricas múltiples de sus arrabales, armonizando a la vez el sentido arcaico con el sentido nuevo de la vida, mostrando en los sumideros del barrio que domina el muelle rincones de silencio, de paz y de carácter típico como no los hay quizá en el resto de la costa cántabra; y en los barrios del Ensanche, en los suburbios, más allá del lugar delimitado donde se alzaban las antiguas murallas, ostentando anchas y largas avenidas pobladas de álamos, almeces y chopos normandos, avenidas que causarían envidia a cualquier población europea...

Toda la ciudad estaba formada a base de contraste... Sobrevivían casuchas infectas de marineros, tugurios inverosímiles, donde, en las bodegas, sonaban acordeones con músicas de países extranjeros—serenatas de Venecia, tarantelas napolitanas, aires dormidos y tristes de países eslavos—; en cuevas oscuras de tabernas equivocadas brotaban largos suspiros de gaitas del país, girando «morriñas» de antaño y lentos *iruzús* de los condejos montañosos... Y al lado mismo de esos antros lóbregos—lupanares de perdición en zquizamies de murgre, chiribitiles tabernarios en el escondite de callejuelas medioevales—alzábanse altos y

pomposos palacetes, erigidos por advenedizos de la colonia americana, o mostraban sus lacras de senectud y sus muros mugrientos, de suciedad y de lluvia, anchos y viejos caserones nobiliarios de la más rancia prosapia provincial...

Frente al muelle, dominándolo con su prestigio cinco veces secular, yérguese el palacio cuadrado, macizo y sombrío, el palacio por excelencia, «el Palacio», a secas (como se le llama en la población):



el palacio de los condes de Santa María del Mar...

Severo y noble edificio, con su vasto patio cuadrangular, defendido por una verja de herrajes trabajados y finos, comidos del orín y de la mugre de los años; y adosada a él, como a tutela protectora, la iglesia de la Colegiata, donde antaño el viejo conde, barbucho y severo, tenía privilegio de entrar a caballo el día de la Asunción de Nuestra Señora, patrona de la villa, y de ocupar un puesto en el Cabildo, al lado de los canónigos de caudas moradas...

Rodeando la Colegiata, tiéndense algunas callejuelas tortuosas y pinas; algunas rinconadas sombrías y misteriosas; algunos pasadizos lóbregos, que en noches de luna emocionan; algunas plazoletas cuadradas y melancólicas, donde la hierba crece y una vieja fuente canta su eterna y monótona canturía...

Y después de estas enseñadas de paz y de silencio, ascendiendo ya hacia la cima de la colina de San Leandro, trepando por ella en inverosímiles espirales, en serpes retorcidas y en zig-zags fabulosos, tiéndese el Barrio Alto, el barrio llamado de la Marinería, el barrio de pescadores, sórdido y mal oliente a frituras de sardinas, a pescado podrido y a montones de algas marinas amontonadas en las bodegas para abono de las tierras, que venían a recoger los aldeanos circunvecinos...

Antes de haber penetrado en las profundidades y recovecos infectos del barrio de pescadores; antes de estar en las alturas de la colina, pobladas de tabernáculos cavernosos, de tenduchos promiscuos, de chigres lúmeantes de frituras y de figones internacionales—algunos con insignias trilingües en la puerta: *Diner à la carte. Dining-room. Casa de comidas*—, allá abajo, en una de las callejuelas que ciñen la Colegiata, en la Travesía de las Monjas, detrás del convento de Dominicas, que da nombre a la ruela, vivía desde niña Lola Ríos, la muchachita guapa y gentil que en el paseo del Malecón lucía su esbeltez de garza morena y su altivez de reina en vacaciones...

Por aquella callejuela apartada y silenciosa, cerrada de un lado por las altas tapias del jardín del convento, cubiertas de musgo, habían paseado todos los galanes de la villa «para hacerle el viso», como se dice en jerga provincial, así en claros días de sol como en largas tardes de lluvia, que ella pasaba cosiendo o bordando detrás del balcón... Hasta el portal mismo habían llegado algunos más afortunados, que vinieran acompañándola al regreso de una romería...

Era Lola Ríos una de las mujeres más apetecidas... y más «murmuradas» de la población. En las tertulias se hablaba siempre de ella como de una belleza excepcional, gala y ornato de la villa. Mas no era solamente la belleza lo que atraía a los murmuradores, sino el salpimento de su picante coquetería, que cautivaba a los forasteros arribados a la villa...

Se mostraba siempre a Lola Ríos como se muestra un prodigio local, lo mismo que se mostraba en el Museo Arqueológico el ara nupcial de unas ninfas, con una delicada inscripción latina. Era Lola Ríos, por su belleza y por su codiciable palmito, algo que destacaba en la villa, algo que le daba prestancia...

Esto mismo hacía que hubiese coqueteado con todos esos galanetes; pero sin enamorarse de ninguno... Todo era en ella juegos, *scherzos* de amor; jamás llegaba al *andante maestoso*... Sonreía siempre, flirteaba con sus pretendientes como con bichillos inofensivos que no habían de dominarla jamás...

En todas las fiestas y saraos, su *carnet* de baile era el más solicitado. Los que no la cortejaban, hablaban de ella, por lo menos, con admiración en las tertulias, y citaban siempre su nombre como el de la muchacha más bonita y apetecible de Santa María del Mar...

La misma condición de Galatea fugitiva, arrojando la manzana de la invitación y luego escapando a correr, si no entre los boscajes, como la heroína mitológica, entre las rinconadas y las callejuelas que circunvalan la Colegiata, entre las sinuosidades absconditas de la villa vieja, daba mayor acicate y estímulo a sus galanteadores... Mas de tanto correr, las Galateas acaban por perderse de vista y los galanes se fatigan de correr selvas y prados en pos de ellas, cuanto más ruelas, pinas y pedregosas, como las que circundan el barrio de la Marinería...

Y Lola Ríos llegó a esa edad en que fatalmente la mujer entra en la zona del escepticismo y del desengaño. Resignada ya al celibato, aficionóse a la iglesia, y pasaba las mañanas en el recinto sahumoso y tibio de la Colegiata, severo templo siempre en tinieblas, donde se celebraba a diario una misa cantada, en la que el órgano lanzaba raudales de sonoridad que llegaban hasta los balcones de Lola Ríos...

Fronte a los otros balcones, los de la fachada lateral de la casa de Lola, había un restaurant, uno de esos claros y ruidosos restaurantes de los puertos, restaurantes cosmopolitas que suelen frecuentar gentes de todos los climas, y sobre cuya puerta se ostentaba la enseña trilingüe: *Restaurant. Dining-room. Comidas*...

Allí vió por vez primera al que había de ser culpable de su perdición. Le vió entrar en el restaurant una mañana, al día siguiente de estar los buques surtos en el puerto...

Le vió gentil, fascinador, elegante, con ese aire resuelto y viril que tienen todos los marineros. Al entrar en el restaurant, él, distraídamente, con ese aire indolente que tienen los hombres que han vivido mucho, miró hacia arriba y contempló la esbelta figura de Lola, diseñada tras los vidrios del balcón, y la contempló un solo momento, pero con gran intensidad.

Al otro día, pasó de nuevo y volvió a mirar más intencionadamente y con más deleite y regalo en la contemplativa actitud... Y hubo, además, aquel día un intercambio de sonrisas, que no pasó inadvertido para las figonas vecinas del segundo—unas hermanas Caunedo, dos sórdidas solteronas que adolecían de tedio incurable y sólo mitigado por la maledicencia, que las hacía conllevar el adormecido celibato...

La primera vez que la vió iba él con su uniforme de gala: la negra levita con los dorados botones, la gorra de visera rameada de oro, el cuello de pajarita con la negra corbata, dando un aire diplomático a la expresión del rostro; en suma, ese sobrio y correcto uniforme de los marineros, que son los más elegantes de todos nuestros institutos armados... Así, de negro, con sus resaltantes botones dorados; la barba bien rasurada y rizada; limpia esa parte del rostro; el bigote, estirado; la tez, bronceada, como de hombre que se ha trasplantado a muchos climas y ha vivido bajo muchos soles, daba la impresión de grave serenidad, de dramática reserva y de virilidad contenida que dan los marineros a las mujeres...

¡Oh, esos hombres serenos y arrogantes, cuyos ojos están acostumbrados a mirar a lo lejos, cuya tez ha curtido el sol de los trópicos, cuyas piernas han recorrido todas las callejuelas infectas de los ba-

rrios marineríos de todos los puertos, cuyas manos han acariciado tantos cabellos de mujer, cuyas bocas han saboreado las frutas agraces o dulces de todos los climas, no pueden menos de inspirar pasiones a las mujeres que sean soñadoras!...

Lola Ríos forzosamente había de serlo, viviendo como vivía en un pueblo del Norte, lluvioso siempre y siempre con el cielo anubarrado, que produce ingénita melancolía, y a la orilla del mar, que despierta la nostalgia de lo desconocido y el apéto de aventuras y de viajes a países lejanos... Tenía, además, esa soñadora murria que caracteriza a los habitantes del Noroeste de España...

Era, por lo tanto, un alma joven, propicio terreno para toda experimentación amorosa; y como sus volitarios y múltiples coqueteos no le habían dejado huella alguna en el corazón, le era fácil enamorarse del primero que lograra interesarle más que los trocalleles y zascandiles de Santa María del Mar...

Estas almas de provincia, para el amor nacidas y adormiladas en el tedio cotidiano de una vida sin realce, monótona y uniforme tras los balcones, caen siempre en uno de estos dos extremos: o se aburguesan lamentablemente, uniéndose sin ilusión al primer hombre que les pide en matrimonio, o se sacrifican a cualquier pasión violenta... Esto le ocurrió a Lola Ríos...

El marino, Constanancio Merediz, era un Don Juan de a bordo, acostumbrado a burlar maridos y escarnecer honras en todos los puertos donde hacía escala su buque... Le abrió el apetito amoroso y le incitó a la conquista la picante figura morena de Lola, con sus ojos negros, de Virgen de las Angustias, y su aire modesto, encubriendo un volcán de pasión...

Después de los tres primeros días de platónica contemplación mutua—ella, al través de las vidrieras del balcón; él, al través de las enristaladas ventanas del restaurant—, vino la carta de declaración, abrasadora, meridional, rica en metáforas e hiperboles, hablando de la encendida boca voluptuosa, y de los ojos flameantes, y del cabello negro como la pena...

Constancio Merediz, aunque astur de progenie y de nacimiento, había pasado lo mejor de su juventud en la Escuela Naval de San Fernando; en Cádiz y demás apostaderos habían transcurrido sus mejores años, contagiándose de la inagotable verbosidad, llena de fantasía, y de la facundia plétrica de los gaditanos, nietos de aquellas famosas danzarinas de Gádiz que enardecieron a los procónsules romanos...

No le fué difícil la conquista de aquella muchacha nortea, a quien seducía la verbosidad, la labia de aquel astur, andaluz del Norte, injerto en andaluz auténtico, de la extrema orilla meridional de España, de la ciudad que fué cuna del más grande orador hispano...

A la cartita respondió ella con otra, poniendo dificultades a las invitaciones que se le hacían, y obstáculos a los requerimientos, y sordina a los conceptos de encendida pasión, y velatura a las frases atrevidas, como es de rigor en toda doncella bien nacida...

Siguió a esta carta otra del galán, más expresiva y urgente, reclamando una entrevista, por acercarse el día en que había de zarpar el buque...

A la cual hubo de contestar Lola, dispuesta a que se vieran, anochecido, en las orillas del mar, debajo de la colina de San Leandro, sobre el puerto... Allí iría ella acompañada de la sirvienta...

Hubo cuatro entrevistas largas y apasionadas, en que el alma volcánica y la

verbosidad inspirada del marino se desbordaron...

Juraba a la niña amor eterno, fidelidad rígida y constancia invariable, a pesar de la distancia y del hielo que los mares pusieran entre ellos, y se lo decía en tono declamatorio y enfático, mirando al mar movidizo y tornátil, con su clamor eterno de olas alegres como risas de mujeres, y alzando los ojos al cielo, inmovil y constelado, que presidía aquellas entrevistas...

Le hablaba con la afectación retórica que es grata a las mujeres cuando simula bien la naturalidad... Y al jurarle constancia «por las olitas del mar y por las estreñitas del cielo», adoptaba actitudes de tenor de ópera...

En una de aquellas tardes en que Lola Ríos salió de paseo con el marino, hubo un encuentro que dejó en los dos una perdurable huella...

Era a la hora en que las campanas de la Colegiata sonaban a Vísperas y en que suelen zarpar los buques de los puertos; esa hora del crepúsculo que en el mar tiene una tonalidad singularísima y una melancolía emocionante... El oleaje se tornaba verde oscuro y el cielo, a la vez azul y anaranjado; reflejando en la línea extrema del horizonte sus últimos destellos de oro viejo el sol ya caído...

Los crepúsculos de los puertos tienen una inefable melancolía. Se diría que el mar se queda más solo que los campos sin el sol, y nos da la impresión de que el sol no volverá ya más a dorar las olas azuladas, blancas de espuma y alegres de alboroto... Cae sobre el mar un hondo velo de tristeza; tórnase el oleaje fosco y verdinegro; los promontorios lejanos parecen jibas monstruosas de primitivos megaterios; el himno de los vapores entenebrece el muelle... Y suenan algunas sirenas de buques que a esa hora suelen zarpar...

A esa hora paseaba Lola Ríos con su nuevo prometido por el muro que circuye la colina de San Leandro, que es un lugar recogido y quieto, donde sólo se suelen ver palurdos de los pueblos de Castilla y mujeres pardas de las serranías de León, contemplando el mar y el alborozo reventón de las olas en el acantilado... Se está allí aislado, al abrigo de las miradas indiscretas, en un apartamiento de las pompas y vanidades mundanales, lejos del paseo lujoso y bulanguero del Malecón, donde se pavonean las niñas elegantes de la localidad...

En aquellas tardes, las paseantas del Malecón notaban una ausencia muy significativa: la de Lola Ríos, y era muy frecuente oír entre el bullicio del paseo:

—Oye, Palmira, ¿qué es de Lolina Ríos, que no viene al paseo?...

—Anda por ahí, muy enamoradina de uno de estos muchachos que llegaron en la escuadra...

En una de aquellas tardes de apartamiento, cuando Lola Ríos iba delante con el marino, vestido de uniforme de gala, por ser día de sonada fiesta, y detrás la criada prodigiosa, al dar la vuelta a un recodo del apartado paseo, tropezaron, de súbito, sin poder esquivarlo, con un hermano de Lola...

Era el hermano mayor, Jaime Ríos, empleado en la Junta de Obras del puerto, ya casado y con dos hijos, que vivía en los barrios nuevos del Ensanche, y sólo de ocho en ocho días solía venir a casa del padre para visitar a la familia...

Al pasar ante ella, el hermano apenas saludó sino con una imperceptible inclinación de cabeza. Discreto y cauto, en el fondo sentíase halagado de ver a su hermana acompañada de un muchacho fino, forastero y con una carrera tan lu-

cida como la de marino de guerra, que para un hombre nacido a orillas del mar y bregando siempre entre asuntos marítimos, viene a ser el ápice de las vanidades mundanas...

—¿Quién es ese que te ha saludado?— preguntó el marino, algo inquieto, no de celos, sino porque barruntaba complicidad familiar...

—Mi hermano... ¿Te crees que si hubiera sido otra persona le hubiera saludado yo?... —

—No me habías hablado nada de ese hermanito...

—No hubo ocasión... Pero fíjate, es mi hermano único... Está casado y vive separado de nosotros...

—Bien, bien... No sabía nada de ello... ¿Cómo se llama?... ¿Es marino, quizá?

—Está empleado en la Junta de Obras del puerto... Se llama Jaime...

No se habló más del asunto, entretanto que el hermano les miraba aún, desde una revuelta del paseo, en el fondo, muy envanecido de aquel pretendiente que le saliera a su hermana Lolita, a quien él tanto quería... El cielo se había encapotado totalmente de nubes torvas y parecía amagar un aguacero de verano... El viento, cortante y redondo, arremolinaba nubes de polvo y alborotaba las olas...

Los novios se separaron a los pocos instantes, por temor a la tormenta... Constante, allí mismo, descendió entre las peñas a una gasolinera que allí había atracada para el servicio de los oficiales de la escuadra... Lola y la doncellina le despidieron con el pañuelo desde el muelle...

Cuando regresaron a casa, próxima ya la hora de cenar, estaban allí, en el comedor, bajo la lámpara apacible, el hermano, Jaime, con la cuñada, una mozo- na, coloradota y robusta, de Langreo; el padre, ya achacoso y doblado por el reu- ma, y la hermana mayor que ella, Flo- rina, ya casada con un *bracu* de So- mió...

Aquella escena, en torno de la mesa redonda, bajo la lámpara acogedora, pa- recía tener toda la solemnidad de un Consejo de familia... Fue Jaime quien rompió el fuego, con un cariñoso tono de rumba...

—Vamos, vamos, Lolina, qué bien apro- vechas los minutos del paseo... Cómo se conoce que andas acompañada a gusto...

—Ya me has visto y ya habrás repa- rado que era un muchacho bien fino—re- plió ella, hinchada, vanidosa...

—Me dice tu hermano Jaime—intervi- no el padre, con aire patriarcal—que te ha visto acompañada de un muchacho marino, de estos que están con la escua- dra... Como parecer, no me parece mal, y sólo me duele que no me hayas tenido al corriente de ello...

—Pensaba decírtelo, papá, en cuanto pasaran unos días y la cosa formaliza- rase...

—Como proporción, no puede estar me- jor; un marino de guerra tiene una ca- rraera brillantísima —arguyó Florina, amargada, en el fondo, de su boda pre- zatura con el americanote bestial de Somió.

—Por esa parte está bien; no puede es- tar mejor—indicó la cuñada aldeana.

—Lo único que puede hacer desconfiar es que los forasteros suelen ser mentiro- sos y dan mal resultado para las niñas de este pueblo...—subrayó Jaime.

—¿Por qué?... Eso, no... —respondió Florina.

—Sí, hija mía; tiene razón Jaime—apo- yó el padre—. Hay que andar con cui- dado, tratándose de un forastero, que si es mala persona, un día vuelve la espal- da y... si te vi, no me acuerdo...

—Así es, así es—dijo la cuñada aldeana—.

na—. En Sama ocurrió un caso así, va para dos años...

—Y luego, no olvides —añadió el pa- dre—que en nuestra tierra hay un pro- verbio antiguo que encierra mucha sa- biduría: «Amor de marino, se fué como se vino»...

—Tiene razón padre —reforzó el her- mano—. Y sobre todo, Lolina, ya sabes que todos te queremos mucho, y yo espe- cialmente, y que todo lo que te decimos es por tu bien...

El padre y el hermano, alternativa- mente, la besaron en la frente y hubo un momento de emoción suprema antes de la cena familiar...

Mas llegó el día forzoso de la partida, día aciago para Lola Ríos, que había

Lola accedió a esta petición amorosa, el marino la invitó a visitar el buque, la al- zó entre sus brazos como una pluma y la llevó hasta un botecillo frágil que al pie de aquel peñón estaba atracado...

Había anochecido y reinaba en el cie- lo azulado una luna clara... Surcaron la bahía bajo el encanto del plenilunio rie- lando en el mar, que tenía una maravi- llosa fulguración argétea... Los remos batían a compás, impulsados por las ex- pertas manos de Merediz; de cuando en cuando, el marino se detenía para des- cansar, y oprimía vigorosamente entre sus brazos musculosos a Lola y la besa- ba ávidamente, como quien besa algo que va a perder para siempre...

Lola, gemía con arrullos de tórtola, y se resistía dulcemente, vencida por el encanto de la noche constelada, melan-

—¡Oh, no!... Son amigas; algunas, co- nocidas nada más... Casi todas, artis- tas... Y aunque hubieran sido otra cosa, tú eres el amor definitivo...

La hizo sentarse; la comenzó a hablar cariñosamente y a tratar con dulzura y mimo... La rindió, a la vez, audaz y so- lapadamente...

Fué una breve y divina hora de amor...

La pobre niña despertó de su éxtasis entre arrullos y gemidos de tórtola he- rida en el ala...

Pensó en salir corriendo hacia casa...

Por la claraboya del camarote entra- ba la suave luz de la luna, argentando los retratos de las antiguas amadas... Eran rubias irlandesas, delicadas; mo- renas napolitanas, indias sensuales de América, inglesitas frágiles como *bibe- lots*, doradas circasianas, bronceadas mulatas de Santo Domingo y de Cuba, negras de Jamaica, escandinavas de cutis de nieve y ojos de azul de monta- ña, rusitas menudas y lindas, italia- nas ardientes y depravadas, alemanas sentimentales, con ojos de myosotis o de *vergeismemnicht*; austriacas esplendo- rosas y libertinas, francesitas blondas y sonrosadas como *poupées*, andaluzas ga- chonas y retrecheras...

A la tarde siguiente zarparon los bu- ques, ya con el sol poniente...

Toda la población acudió al bello es- pectáculo de ver desfilas por la bahía de Santa María del Mar la escuadra espa- ñola en conjunto; todo lo que había po- dido construirse entre protestas apasio- nadas y nobles de los republicanos, por la labor perseverante y tenaz de un pa- triota, después de nuestros desastres co- loniales...

Lola Ríos no se atrevió a presenciar el bello espectáculo, y desde la clara galería de su casa despidió a su amor del alma con el blanco pañuelo... ¡El blanco pa- ñuelo clásico de las despedidas en los puertos; despedidas que al crepúsculo tienen más inenarrable poesía que las despedidas en los andenes!... El marino, sobre cubierta, la saludaba con la gorra galoneada en alto...

Allá se iba, para siempre quizá, el amor único y fatal de la vida de Lola Ríos, el amor que no volvía, el que se borraba ya para siempre, como las si- luetas de los buques se borraron pronto en la línea confusa del horizonte y del mar...

¿Qué diferente era su alma de enton- ces y la de antes de conocerle!... Risue- ña y alegre antes, sombría y triste aho- ra se presentaba la vida para Lola, que creía en las predestinaciones fatales y confusas del amor; fatalismo innato en ella desde niña y que se corroboraba ahora con la ióbrega perspectiva bos- quejada en el horizonte de su vida rota y deshecha por la pasión...

Y en tanto, el mar batía los muros del muelle, riendo siempre, con esa risa sor- da, agria y vieja, que sabe de tantos amores hundidos y de tantas vidas en naufragio; la risa sarcástica de un se- pulcrero anciano que entierra a los muertos y compadece a los que aún viven...

Andrés GONZALEZ-BLANCO

Ilustraciones de BARTOLOZZI.



sentido doblemente fascinada la imagi- nación por el encanto viril del marino y por esa sensación, entre dulce y angus- tiosa, que produce en las almas soñado- ras el amor que pasa... Para ella el amor del marino era, sí, el amor que pasaba, el amor fugitivo, volandero, por sí mis- mo, pero aprisionado en sus brazos por no sabía qué mágico encanto; era el ilu- sorio espejismo de la mariposa volátil y errabunda, cazada y prendida en un alfiler...

«Sí; prendido con alfileres está este amor», pensaba Lola con triste ironía. Pero el momento, la ilusión del presen- te, gozado y saboreado con delicia, bo- rraba en ella la idea lancinante y siem- pre torturadora del bien que se iba a per- der, de la felicidad que se iba a escapar, del amor que iba a quebrarse como una pompa de jabón al viento...

En la última entrevista—frente al mar bravo y azul, sobre un peñón desierto, donde las olas venían a romperse en ca- taratas de espuma fragorosa—, el mari- no exigió y logró que Lola despachase a la sirvienta para dar mayor calor de intimidad a su despedida... Luego que

cólica en su esplendorosa claridad lu- nar...

La condujo al buque de guerra en que él estaba enrolado. Aquella noche, desde las nueve, él estaba de guardia; era due- ño y señor del buque, con sólo cuatro ma- rineros a sus órdenes... Los otros compa- ñeros se habían dispersado por la pobla- ción en jiras libertinas hacia las miste- riosas casitas donde habitan las mujeres galantes...

Lola, que, a pesar de ser nacida en puerto de mar, no había visto jamás un buque de guerra por dentro, admiraba todo aquel maravilloso mecanismo... Pe- ro al llegar al camarote de su novio... allí fué su asombro... Era un gabinete coquetón, muy bien cuidado y limpio, oloroso a perfume viril—jabón Windsor y agua de Florida—y adornado con flores y con retratos de mujeres...

Lola se quedó pensativa ante aquel ar- co triunfal de fotografías que engalana- ba el camarote...

—¡Ah!... ¿Todas han sido novias tu- yas?—dijo ingenuamente.

¿Suele bajar la luz y está usted medio a oscuras en su casa? Le conviene surtirle pronto con el voltaje adecua- do de la inmejorable lámpara Tungs- ram (país de origen, Hungría), fa- mosa en todo el mundo, y estará us- ted encantado de la vida. **LAMPARA TUNGSRAM, Montera, 10,** teléfono 39-49 M., y en los principales esta- blecimientos de electricidad.



Estufas de todas clases y en todos los tamaños

AMERICANAS Y FRANCESAS

Las más perfeccionadas, eficaces, económicas e higiénicas; únicas sin tifo

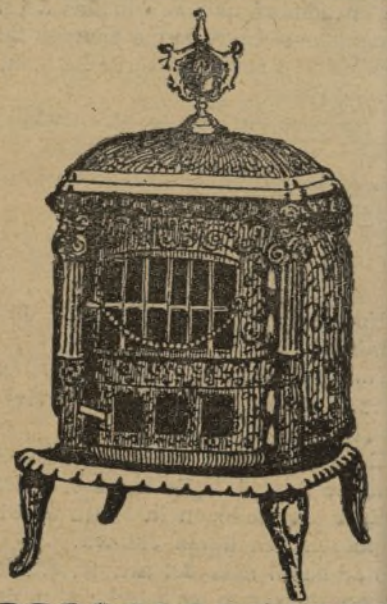
PARA COK, ANTRACITA Y LEÑA

Antes de comprar visiten la exposición. Se hallan de venta en su único depósito,

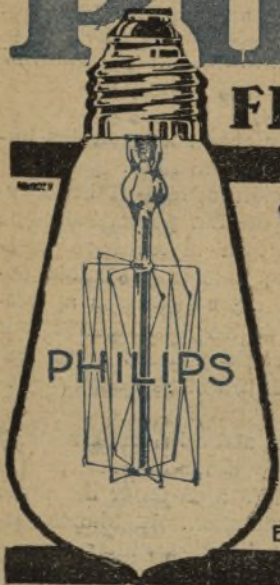
VALLES, FUMISTA

Calle de la Cruz, núm. 11. — MADRID — Teléfono 986

PIDASE EL CATÁLOGO ILUSTRADO



PHILIPS
FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS),
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER. Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: Prado, 30, y San Agustín, 2. — BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

ALFON

FUENCARRAL 6 MADRID

FOTOGRAFO

TOLEDO 63 MADRID



CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébalo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías. 1.50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

Droguería, Perfumería, Colores
FLORENTINO PEREZ (S. en C.)
SUCESESORES DE EDUARDO DIAZ HERRERA
Primera casa en barnices, esmaltes
y purpurinas de todas clases
Hortaleza, 17-Madrid-Teléfono 1038 M.

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVIL'S Y MO-
TOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES
ALVAREZ HERMANOS
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

AGUAS DEL INCIO-BÓVEDA (LUGO)

MANUEL LÓPEZ
FABRICANTE DE MUEBLES
SERRANO, 17
AYALA, 60

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en
farmacias

"Anís Balmaseda" MALAGON (Ciudad Real)